

ANTOLOGÍA
CARA PARENS

CUENTO
CORTO Y POESÍA
2016

EDITORIAL
**CARA
PARENS**
INDEPENDIENTES NARRATIVAS, LENGUAJES



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala



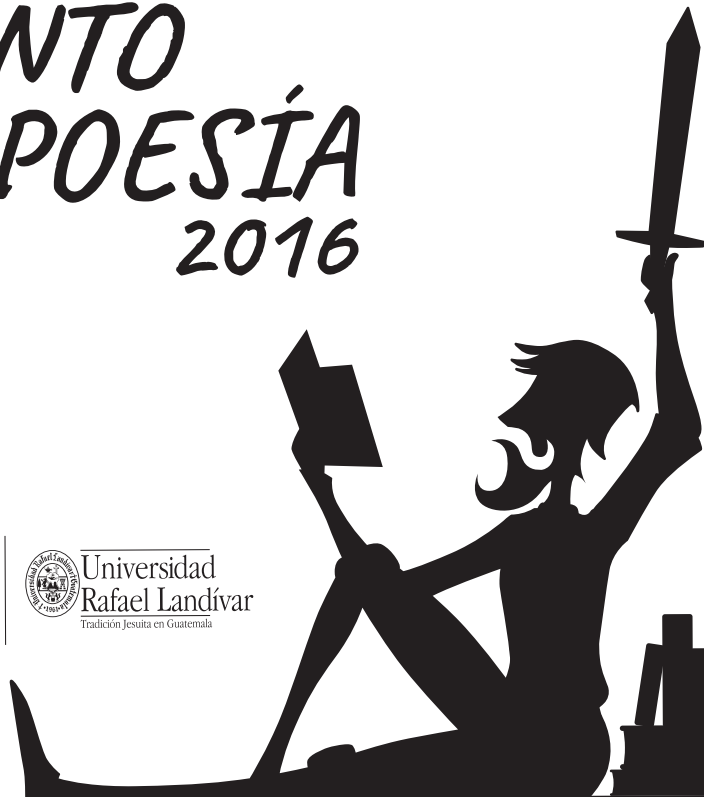
ANTOLOGÍA
CARA PARENS

CUENTO
CORTO Y POESÍA
2016

EDITORIAL
CARA
PARENS
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala



868.7281

A634 Antología Cara Parens : Cuento corto y poesía 2016.
Guatemala : Universidad Rafael Landívar,
Editorial Cara Parens, 2017.

x, 50 p. (Serie Antología Cara Parens)
ISBN de la edición física: 978-9929-54-178-8
ISBN de la edición digital: 978-9929-54-179-5

1. Literatura guatemalteca
 2. Cuentos guatemaltecos
 3. Poesía guatemalteca
- i. t.

SCDD 21

ANTOLOGÍA CARA PARENS *CUENTO CORTO Y POESÍA 2016*

Edición, 2016

Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar

Reservados todos los derechos de conformidad con la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su traducción, incorporación a un sistema informático, transmisión en cualquier forma o por cualquier medio; sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los titulares del *copyright*.

D. R. ©

Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16, Edificio G, oficina 103.

Apartado postal 39-C, Ciudad de Guatemala, Guatemala 01010

PBX: (502) 2426-2626, extensiones 3158 y 3124

Correo electrónico: caraparens@url.edu.gt

Sitio electrónico: www.url.edu.gt



Directora: Karen De la Vega de Arriaga

Coordinadora editorial: Dalila Gonzalez Flores

Coordinador de diseño gráfico: Pedro Luis Alvizurez Molina

Coordinadora administrativa y financiera: Liceth Rodriguez Ruíz

Diseño gráfico, diagramación e ilustraciones: Andrea Elisa Díaz Celada

Edición y corrección: Angel Mazariegos Rivas

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

Rector	P. Marco Tulio Martínez Salazar, S. J.
Vicerrectora académica	Dra. Lucrecia Méndez de Penedo
Vicerrector de Investigación y Proyección	Dr. José Juventino Gálvez Ruano
Vicerrector de Integración Universitaria	P. Julio Enrique Moreira Chavarría, S. J.
Vicerrector administrativo	Lcdo. Ariel Rivera Irías
Secretaría general	Lcda. Fabiola Padilla de Lorenzana

EQUIPO DE LA EDITORIAL CARA PARENS

Directora	Karen De la Vega de Arriaga
Coordinadora editorial	Dalila Gonzalez Flores
Coordinador de diseño gráfico	Pedro Luis Alvizurez Molina
Coordinadora administrativa y financiera	Liceth Rodriguez Ruiz
Diseñadoras gráficas	Andrea Elisa Díaz Celada Michelle García Alegría
Editores correctores	Angel David Mazariegos Rivas Ricardo Ulysses Cifuentes Velásquez
Mercadóloga	Rossana Mayté Mollinedo Cabrera
Apoyo técnico y operativo	Gladys Polanco Rojas de Donis Belding Antonio Delgado González José Guillermo Caál Tul

*AGRADECIMIENTO ESPECIAL POR EL APOYO CULTURAL Y LITERARIO AL
JURADO CALIFICADOR DEL CERTAMEN DE CUENTO CORTO Y POESÍA 2016*

Categoría de cuento corto	Aida Toledo Ernesto Loukota Gerardo Guinea
Categoría de poesía	Enrique Noriega Luis Alfredo Aguilar Karla Olascoaga Ligia García y García

ÍNDICE

Presentación	ix		
<i>CUENTO CORTO</i>	1	<i>POESÍA</i>	37
La plaza		Empecemos por el final	
Diego Alberto Boy Mansilla	3	Abner Augusto Reyes González	39
La muerte y cura de Milá		Sueños rotos	
Luisa Fernanda Urbina Orellana	9	Andrea Regina Reula Aparicio	41
«Anna Karenina y el reencuentro»		Guatemala en poesía	
Katherine Escobar	13	Bayron Abel José Sandoval García	43
Cánticos irritables		Conrazón	
Melisa María Rabanales de la Roca	19	Edna Jimena Aguilar Rodríguez	45
Los de abajo		Astropájaro	
Diego José Vásquez Galich	25	Alma Patricia Barillas Urizar	47
El rapto			
Celia Antonieta Pocón Chacón de Carrillo	31		

PRESENTACIÓN

En una sociedad con tantos altibajos, con historias lacerantes y desoladoras, sedienta de cambios radicales y pensamientos diferentes... ante la desesperanza y a veces el desánimo, se hace importante lograr encontrar en las palabras la verdadera esencia de la vida, la sustancia pura del alma, de la imaginación y de las emociones.

La *Antología*, en este segundo volumen, bajo el marco de la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, y citándole: «Las honestas palabras nos dan un claro indicio de la honestidad del que las pronuncia o las escribe...», reúne una serie de cuentos cortos y poemas elaborados por estudiantes landivarianos de diferentes facultades, tanto del Campus Central como de campus y sedes regionales, que impulsados por el deseo de externar sus anhelos y reflexiones, muestran libremente la diafanidad en sus escritos.

La Editorial Cara Parens ha promovido desde el año 2015 este espacio, a través del «Certamen de cuento corto y poesía», impulsando el talento de nuestros estudiantes, que da como resultado esta publicación, que premia de alguna manera el esfuerzo realizado.

Gracias a la comunidad educativa landivariana, y gracias al equipo que conforma Cara Parens, sin la ayuda de cada uno no sería posible la realización de la actividad y de esta apoteósica y entusiasta obra.

«El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho...»

Miguel de Cervantes Saavedra

Karen De la Vega de Arriaga
Directora
Editorial Cara Parens

CUENTO CORTO

La plaza, Diego Alberto Boy Mansilla


La muerte y cura de Milá, Luisa Fernanda Urbina Orellana

«Anna Karenina y el reencuentro», Katherine Escobar

Cánticos irritables, Melisa María Rabanales de la Roca

Los de abajo, Diego José Vásquez Galich

El rapto, Celia Antonieta Pocón Chacón de Carrillo



LA PLAZA



LA PLAZA

DIEGO ALBERTO BOY MANSILLA

Campus Central

Facultad de Arquitectura y Diseño

—¿Lo ven? Esto es lo que le pasa a los enemigos de la patria. ¡Traidores! —gritó El General.

—Soldados, preparen los rifles que ahora mismo terminamos con esto.

Fueron estas últimas palabras las que me hicieron reaccionar. Apenas quedábamos vivos veinte hombres. Amigos, vecinos, compañeros o hermanos, pero en ese momento me parecían desconocidos. No eran más que cascarones vacíos de lo valientes que habían sido alguna vez. El miedo los devoraba desde adentro, la muerte acechaba como el gato al ratón y no era más que cuestión de tiempo para unirnos a los cuerpos que yacían en la plaza.

—¡Ocho quiero ahorita! —gritó con odio mientras me veía de reojo.

Los colocaron en fila, viendo hacia un muro agrietado frente a nosotros. Temblaban y algunos gritaban maldiciones al cielo. Otros se limitaban a llorar en silencio. Varios llamaban a gritos a sus madres. Caían lágrimas al suelo arenoso y se mezclaban con sangre de compañeros caídos.

Mi corazón latía con violencia mientras mi cabeza daba vueltas. Parecía que el tiempo se había congelado y no podía escuchar nada más que la agitada respiración de los hombres a mis espaldas. «De verdad está pasando», pensé. Cerré los ojos y un ruido ensordecedor me sobresaltó. Los abrí rápidamente y observé los ocho cuerpos atravesados por las balas frente a mí y los rifles aún humeantes. Los soldados permanecieron quietos, y pude divisar desde lejos una expresión de dolor en algunos.

—¡Ocho más! —gritó de nuevo El General, encantado por la escena.

Los soldados se apresuraron hacia nosotros y tomaron a varios hombres, dirigiéndolos al muro. Estaba tan atento al alboroto que no sentí cuando uno de ellos me tomó de los hombros, mientras un segundo me empujaba con la culata de su rifle.

El General me vio.

—No, este todavía no. Este va de último —y rio. Pensé que había adivinado mi terror y se divertía al alargar mi agonía.

Y es que apenas tenía veinte años. No recuerdo muy bien cómo me había involucrado en todo esto, ni cuándo. Solamente recordaba a Manuel.

—No te preocupés, si algo te pasa yo te protejo. Aquí todos somos hermanos y damos la vida por los otros.

Fue lo último que me dijo cuándo nos separamos entre las ráfagas de balas y las explosiones en la montaña, dos días atrás. Tenía la esperanza de que Manuel vendría a la plaza y me salvaría. Tenía esperanza de sobrevivir, de que ese momento sería luego solo una horrible pesadilla.

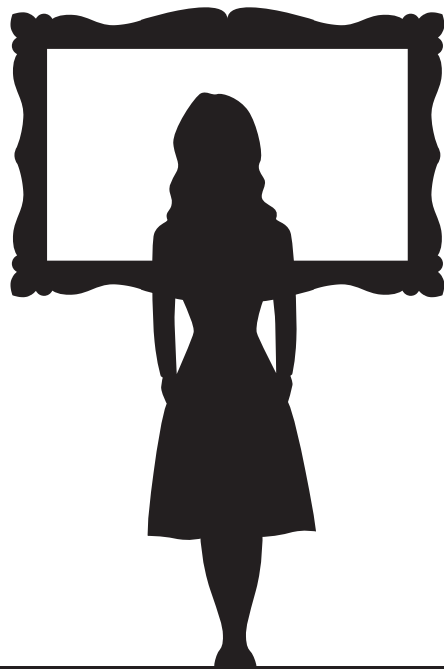
—¡Dios! ¡Dios! ¡Así no! —exclamé casi en un susurro. Jamás pensé que todo terminaría así. Y ahora me encontraba allí, frente al muro, sudando y con lágrimas en los ojos, con los pantalones mojados y un nudo en la garganta. Alcé la vista y observé un cielo despejado, con unas pocas nubes rosadas en el horizonte. Estaba amaneciendo. Observé al palacio siendo desgastado por las llamas amarillas. Dirigí mi vista a los niveles superiores y por unos momentos creí ver al Presidente en la ventana de su oficina, viéndome. «No, eso no es posible» dije para mis adentros. «Estoy alucinado del miedo». Yo mismo había presenciado el momento en que los soldados habían irrumpido en su oficina, y El General, sin mediar palabra, había metido una bala entre sus ojos, dejando en su rostro inmóvil ningún rastro de vida más que un fino hilo de sangre que recorrió su frente y sus mejillas.

—Apúrense con esas cosas, no tengo todo el tiempo del mundo —dijo dirigiéndose a los soldados.

Volteé mi vista hacia unos árboles que ardían ennegrecidos a un costado de la plaza y creí ver a un grupo de hombres escabullirse sigilosamente. Por un instante creí ver a Manuel.

Apreté los puños y la quijada, contuve mis lágrimas y cerré los ojos.

*LA MUERTE Y
CURA DE MILÁ*



LA MUERTE Y CURA DE MILÁ

LUISA FERNANDA URBINA ORELLANA

Campus Central

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Milá, triste, se detiene a mirar las dos pinturas realistas de un tal Edward Hooper, que siempre le inspiran: la primera, memorias, y la segunda, locura.

Memorias: un cuarto vacío de paredes color mostaza, perfecta sombra y luz, una ventana abierta donde se ven las puntas de las hojas de—quizás—algunas palmeras verdes. ¿Por qué memoria, Milá? Ella cree que no sabe, pero sí. Siente que es una de esas imágenes nostálgicas que nunca ha visto pero que curiosamente la vinculan con algún recuerdo o momento pequeño de su niñez o juventud. ¿Por qué niñez o juventud, Milá? Ella vive enamorada del pasado, de ayer, de la hora anterior. Nunca vivió en una casa similar, pero sí tuvo una habitación con una ventana y—quizás—su interior siempre estaba vacío.

Locura: una quimera, dos habitaciones, o más bien una habitación escondida y cubierta por una pared blanca, la cual deja poco—pero atractivo—a la imaginación, y obliga a pensar en qué otros muebles podrá haber en ese cuarto cubierto. Lo único que Milá aprecia de la habitación oculta, es la punta de un sofá naranja con orilla de madera, la esquina de un mueble y la mitad de un cuadro de marco dorado. ¿Por qué locura, Milá? Ella

cree que no sabe, pero sí, le apasiona de una manera especial solo ver una parte, esa parte de las cosas de una habitación donde no solo los muebles and *stuff* están escondidos, sino en sí la habitación, casi insignificante para la pintura, pero aun así su existencia es de suma relevancia para Milá.

¿Pero qué más esconde la pintura, Milá? Delante de la pared que separa al observador de la secreta habitación no hay algo más que la sombra y la luz, producto de la puerta abierta. Milá suspira y siente enloquecer y fascinarse, pero siempre con un poco de nostalgia. ¿Qué es, Milá? Fuera de esa puerta abierta está el mar con sus olas serenas, bajo un cielo gris, como la sombra de la pared y pálido como la luz. Pero lo que más le gusta a nuestra chica amante de la pintura, es el horizonte. Esa diminuta línea negra e infinita entre el cielo y el mar.

Y luego de mirar y mirar, se pregunta, ¿cómo puede estar su memoria donde jamás habitó, cómo puede soñar con abrir la puerta y ver el horizonte y el mar, cómo puede fascinarle la luz y la sombra de esas habitaciones vacías, con hojas de palmeras y muebles a la mitad?

Quién lo sabrá, solo ella en sus adentros. Ahora recuerda, menos acongojada, que las personas somos las frases que hemos leído, las manos que hemos tomado y los días que protagonizamos, entonces sonrío y se conmueve porque es hora de irse, pero esta vez no saldrá por la puerta de la galería, se irá por las palmeras o atravesará el mar.

«ANNA KARENINA Y EL REENCUENTRO»



«ANNA KARENINA Y EL REENCUENTRO»

KATHERINE ESCOBAR

Campus Central

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

El cumpleaños número veintidós de Brisa la llevó a viajar hacia las calles de París que tanto había soñado. Su fascinación por esta ciudad comenzó desde que era pequeña; cuando recibió de regalo el libro *Paris en los felices años 20* y su fotografía favorita, que por alguna razón era la de la tienda de libros Shakespeare and Co. firmada por «J & B, 1925».

Era la primera vez que Brisa visitaba París, pero ese olor y esencia al caminar por las calles se le hacía familiar. El aire frío que rozaba su piel le hacía sentir que ya había caminado por allí. Ofelia, su madre, siempre decía que Brisa era un espíritu libre, esperando a ser amado; una bohemía amante de los libros con un alma necesitada por viajar y explorar el mundo, como si buscara algo que le hacía falta y no podía encontrar, así se sentía ella, y aunque vivía felizmente, siempre había un vacío que intentaba llenar con desenfrenos y locuras vivaces. Tenía que ir al hotel pero no podía pasar desapercibida la tienda de sus sueños, Shakespeare and Co.

Al entrar, su corazón latía fuerte y su mirada estaba dirigida a la sección de literatura clásica. Caminó hasta encontrar su libro favorito: *Anna Karenina*. Lo tomó y sintió un toque cósmico que la dejó atónita. Del otro lado de la estantería se encontraba Julián, un joven empresario de veinticinco años que estando de luna de miel decidió buscar la primera edición del mismo libro. Julián sintió una energía que vibraba en medio de los libros y se conectaba por el espacio vacío de *Anna Karenina* que estaba en manos de Brisa. Ambos sonrieron. Ella lo vio como si su corazón lo hubiera amado desde antes, sus ojos no podían apartarse. Él la observaba fijamente como si la conociera de toda la vida, podía sentirla con solo estar cerca. Sus manos sudaron, el libro cayó al suelo y rápidamente Julián corrió al otro lado de la estantería. Brisa se presentó y Julián la abrazó como si la hubiera extrañado desde siempre. Se sentaron en la alfombra, no querían separarse, eran dos extraños que sentían la necesidad de contarse todo. Sin hablar, Julián tomó el libro y cayó una fotografía de su interior. Era una pareja con un parecido sorprendente a ellos, estaban sentados en un lugar similar a la tienda donde se encontraban. Sostenían el mismo libro y en la parte de atrás estaba escrita la cita:

«Toda la diversidad, la hermosura, el encanto de la vida se componen de luces y sombras, y entre la sombra de mi vida desdichada tú has sido y serás mi luz. Jean Baptise & Berenice, 1925».

Brisa recordó las iniciales de la fotografía y un sentimiento fastuoso floreció brotando en medio de una lágrima. Ambos habían leído el libro varias veces, y esa frase significó algo más para ambos, aunque nunca la habían leído con el estremecimiento que les provocó ese día. Rodeados de sus autores favoritos, su mundo cobró sentido y nada de lo que habían vivido antes de ese momento importaba más. Por el pasillo caminaba un anciano que atendía en la tienda y cuando los vio en la alfombra supo quiénes eran, su expresión cambió

radicalmente y con una sonrisa dijo que siempre creyó que se volverían a encontrar. Brisa le preguntó si se encontraba bien y él señaló hacia una pintura enmarcada frente al estante que decía:

«Para Jean Baptise, 1925»

El corazón de Julián se detuvo. Desde pequeño había soñado con esa misma pintura y jamás la había visto físicamente. La última vez fue la noche anterior. El anciano comenzó a contar la historia que años atrás su abuelo le contó; Jean Baptise era un joven huérfano y pobre que trabajaba en un bar llamado Dingo Bar en los años veinte, donde conoció a Berenice, la esposa de un poeta famoso, alcohólico y adinerado. Berenice era una artista reprimida, su última pintura fue la que Julián había soñado por años y por fin sabía de quién era y de dónde venía. Jean Baptise y Berenice se enamoraron con locura, desde que se conocieron sabían que eran almas flamas, su idilio empezó y terminó en la tienda Shakespeare and Co., donde se encontraban a leer y a compartir su amor. El punto de reunión era *Anna Karenina*. Planearon escapar juntos de París. Ese día, Berenice llevaba la pintura y Jean Baptise la fotografía, visitaron por última vez el pasillo, y el esposo de Berenice los encontró; cegado por la ira los acuchilló y huyó. La sangre corría mientras se abrazaban con lágrimas en los ojos y juraron encontrarse en el mismo lugar en la próxima vida, sentados donde se encontraban Brisa y Julián. Estaban predestinados a encontrarse en el mismo lugar para huir juntos y repetir «¡&B, juntos para todas las vidas».

CÁNTICOS IRRITABLES



CÁNTICOS IRRITABLES

MELISA MARÍA RABANALES DE LA ROCA

Campus Central

Facultad de Humanidades

Subo al autobús y me siento en el asiento más cercano al conductor. Nunca lo hago, no me gustan las miradas fijas en mí. Pero hoy tengo ganas de estar detrás del hombre que conduce, me hace sentir poderosa. Me miro las uñas de las manos: tan pulcras. Encojo y estiro los dedos. Repito el movimiento siete veces. Siete, mi número favorito. Detengo mi «siete-manía» por un momento y pienso en cómo se lo voy a decir a mi madre. ¿Cómo Beatriz Sartre, la joven pecosa de diecisiete años que jamás había herido a alguien, le iba a contar a su madre lo que estaba a punto de hacer? ¿Cómo explicarle a papá que las siete horas a la semana que había pagado para la clase de piano en realidad fueron utilizadas para hacer el plan?

El frenazo de la parada me hace volver a la realidad. Bajo del autobús y me dirijo a la cabina de fotos que está dentro del centro comercial. Sentada frente a la cámara sonrío las veces necesarias. Salgo y recojo la tira de autorretratos que cuelga de la máquina. Veo algo distinto en mí. La sonrisa no es la misma que había visto en el espejo por diecisiete años, ahora es distinta, ahora sí soy feliz. Apago mi sonrisa por un momento y volteo hacia los dos lados, tal vez alguien me ve. No dejo de pensar que tal vez alguien conoce mi secreto. Camino sin

voltar hasta que por fin llego a la calle 22. Cruzo en el callejón oscuro y tenebroso, ese que todos evitan. Pero yo no tengo miedo, conozco esa calle desde que era pequeña, desde que mi madre y yo solíamos comprar el pan con doña Mercy. Pobre señora, debe estar fría y sola. Quizá muerta. Logro salir del callejón y me topo con las casas que había estudiado tanto, la azul marino, la de dos pisos, la de madera y, justo al costado de esa, la que más me interesaba: la pequeña casa verde que hace contraste con tan lindo vecindario.

Estoy parada frente a la casa que me causa tanta repugnancia. Miro hacia adentro y los encuentro a los siete, tan felices que me da envidia. La madre está un poco separada de la familia. Sé que es la madre porque la conocí soltera, cuando solo ella vivía allí. La mirada del padre es la misma que la de un preso en una celda ansiando el momento de ser libre. En cuanto a los pequeños, ellos juguetean y se mueven de un lado a otro con la energía que solo se tiene en la infancia. Es la típica familia de la televisión, tan asquerosamente felices que me dan ganas de vomitar. Puedo ver sus cuerpos, tan asquientos, tan desagradablemente saludables. Ahora recuerdo la razón por la que estoy aquí: el sonido. El sonido que emite esta familia es particularmente irritante y tengo que poner una mano en cada oreja para no oírlos. La rabia que tengo me indica que el momento ha llegado. Por fin pondré fin a tan desagradable escena.

Reviso dentro de mi suéter negro y toco el arma. Siento la punta filosa del cuchillo que utilizamos para las cenas familiares. Preparada para mi gran obra, he decidido entrar a la casa. Paso la primera puerta y es tiempo de llegar hasta la familia. Es cuestión de empujar un poco otra puerta para que los barrotes den paso hacia los siete individuos. Saco el cuchillo del bolsillo y respiro profundo. Busco primero al padre, porque librarse de él es la forma más fácil de matar a los demás. ¿Quién iba a decir que sería tan fácil penetrar un cuchillo tres veces dentro de su pecho? Se resiste un poco, pero es un pequeño e inútil esfuerzo que puedo controlar. La

sangre corre por mi mano y la miro caer en el suelo. Sustancia caliente que avanza por cada uno de mis dedos. Repito el procedimiento con la madre. Parece que ella me reconoce enseguida y se resiste. Su instinto maternal la mantiene viva, todo por sus cinco pequeños hijos. El cuchillo cubierto con la sangre de su pareja atraviesa también su frágil y suave pecho. Tomo a cada uno de los pequeños y basta una puñalada para que dejen de respirar. Está listo. Siete cuerpos postrados en el piso.

Mi sonrisa llena todos los asientos del autobús de regreso. Vuelvo a ver mis uñas como la primera vez; pero ahora ya no están pulcras. Tengo entre mis dedos sangre inocente, hedor a almas muertas. Eso me hace sonreír. Me bajo en la última parada, la que conduce a Carmelita, la cárcel de mujeres. Ingreso sin ningún problema y me dirijo a mi celda. Ahí estoy, sentada en esa silla café viendo pasar las horas en el reloj. Horas que solamente han corrido para mí.

Beatriz Sartre será sentenciada a muerte mañana. Delito: el asesinato de los siete canarios de la señora Fernández. El veredicto es duro pero ella no está arrepentida. Había podido silenciar el irritable canto de aquellos pajaritos que detestaba. Antes de morir, cuando el verdugo le permitiera pronunciar sus últimas palabras, ella estaría segura de decir que si pudiese volver, lo haría de nuevo.

LOS DE ABAJO



LOS DE ABAJO

DIEGO JOSÉ VÁSQUEZ GALICH

Campus Central

Facultad de Ciencias de la Salud

Han tocado la puerta tres veces. Carlitos se levanta asustado. La tierra se desprende del cuarto, la cortina ya está arremangada. Mamá sigue de pie en la cocina, cuidando que la leña no se apague. Las tortillas sobre la mesa. Siguen tocando la puerta y nadie la atiende. Carlitos hizo mucho ruido al levantarse, por eso su hermana Sofía se despertó. Abrió los ojos, miró el agujero en la lámina. Por suerte era verano y la lluvia aún no caía por ese orificio. Miró a Carlitos abrir la puerta, desde su cama veía el panorama.

—¿Sí?—preguntó Carlitos con mucha propiedad.

—¿Está Sergio?—era Luis, un amigo de su hermano que vivía dos calles abajo.

—No. Ya se fue a trabajar.

—Cierto. Ese Chejo, tan dedicado —una sonrisa sarcástica. Luis lo sabía antes de preguntar. —¿Y tu madre?
¿Dónde está mi Victoria?

—Está cocinando. ¿Desea hablarle?

—Claro que sí. Anda a llamarla. Decile que la vine a saludar —su aliento a alcohol, el cigarro que agarraba con la mano izquierda, sus dientes sucios y un pequeño golpe en el hombro de Carlitos —vamos mijo, no tengo tu tiempo.

Los frijoles aún estaban calientes. La sal en sobre y la cuchara para revolver el café con mucha azúcar. Los platos de cerámica en la pila, la gallina en el gallinero y el perro defecando cerca de la bañera donde una vez a la semana caía agua. El sol pegaba más fuerte que la pobreza y Sofía no quería levantarse para barrer las aceras ni salir a lavar ropa. Luis seguía esperando. Carlitos le explicaba a su madre. Rubén, el más pequeño, paseaba en pañales por la casa.

—Dice que venga mañana, mejor —Carlitos miraba a todos lados. Luis ya no estaba; se había ido porque no le gustaba esperar.

—¿Qué te dijo? —preguntó Victoria desde la cocina.

—Ya se fue, madre —el sonido de una ambulancia lo distrajo. La gente comenzó a subir. Comenzaron los rumores.

—Dicen que se ha tirado, pero yo no he visto nada —decía Carmelita.

—Eso es mentira. En mi casa no ha caído nada y ahí siempre caen. Yo creo que lo pudieron agarrar —le respondió Jimena.

Carlitos sentía susto. Cerró la puerta. La lámina hizo mucho ruido y el gato brincó desde la ventana. Sofía ya estaba levantada, comía parada, su madre prendía la radio y Rubén recogía tapitas del patio.

—Madre, creo que alguien quiso saltar —exclamó Carlitos asustado.

—Cada vez es más frecuente. ¿Será que lo logró? —dijo mientras le subía volumen a una canción de su época.

—No sé. Dicen que lo han agarrado justo a tiempo, pero no estoy seguro. ¿Puedo ir a ver, madre? —se agarraba las manos, esperando suerte.

—No mijo. Tienes que estudiar, mañana vuelves a la escuela. Y aparte, el puente nos queda muy arriba. Está lejos. Sofía, anda a ver dónde está Rubén. Y apúrense que ya mero viene su abuelo.

Las gallinas seguían buscando comida y el perro meaba cerca de la cama que estaba llena de garrapatas. Sofía salió a lavar ropa a las orillas del río, junto con su hermano.

—Algún día yo también voy a saltar —le dijo.

—¿Por qué, Carlitos? ¿No te gusta este lugar?

—Me gusta vivir acá abajo, pero qué bonito sería volar. Ver todo desde arriba, brincar desde ese puente; así como lo hizo papá. Y ahora puede cuidarnos desde arriba.

A veces no lo logran y nos caen encima. Él tuvo suerte, según mamá. Eso es porque muchos no saben que para volar hace falta más que saltar al vacío.

Carlitos continúa lavando ropa. Victoria llora en la cocina. Rubén busca tapitas en el patio. Sofía mira al cielo. La ambulancia aún no se va. Y los de arriba calculando el impacto, el tránsito de medio día y las ganas de ser un hombre pájaro.

EL RAPTO



EL RAPTO

CELIA ANTONIETA POCÓN CHACÓN DE CARRILLO

Sede de La Antigua
Facultad de Humanidades

Esa noche me acosté como de costumbre. A las 3:00 de la mañana oí un alboroto, me quedé esperando, oyendo, parecían gritos, llantos envueltos en voces; hombres que discutían o quizás lloraban.

Me levanté sobresaltado, mi esposa dormía a mi lado y se asustó mucho; corrió a la cama donde dormían mis dos pequeños niños.

Salí corriendo al patio de la casa, una casa típica de los años 80, con muchos cuartos alrededor de un gran patio. Era un terreno grande donde vivían varias familias, pero cada una tenía sus reglas. En común teníamos el gran patio donde los niños jugaban, algunas veces podía contar hasta trece niños o más; de todas las edades, jugaban chamuscas con una pelota de plástico ya sin aire y descolorida, pero que aún era la causa de la diversión.

Fui al patio y me di cuenta de que estaban discutiendo los hombres de todas las familias que allí vivíamos... eran mis hermanos, mis tíos y mi padre que ya tenía sus años, y se mantenía como un roble fuerte y lleno de energía, le gustaba cultivar maíz e ir al campo de madrugada para cortar la leña, era habitual verlo llegar con la leña cada mañana. Empezaba su diario vivir con tanta alegría que siempre nos decía: «al que madruga, Dios lo ayuda».

Recuerdo bien esa madrugada como si hubiera sido ayer, los perros también ladraban como avisando que algo extraño estaba pasando, los pollos corrían por el patio asustados por los ruidos que venían no solo de nuestra casas, sino de las casas vecinas.

Me acerqué corriendo al centro del patio para ver qué pasaba y vi a todos discutiendo, casi llorando, les pregunté qué estaba pasando. Nadie dijo algo; noté que había muchos hombres con trajes de militares que gritaban y ordenaban. Las órdenes las daba un bajo, regordete y con la cara pintada de negro.

—¡No hagan nada y obedezcan!

¡Solo los hombres! ¡Solo los hombres! Gritaban todos... era la orden que se podía escuchar, no entendía que era lo que ocurría, hasta que mi padre me ordenó obedecer sin hacer ninguna resistencia.

Nos amarraron en el patio y estando sometidos llegó el jefe de la cuadrilla.

—Todos ustedes deben venir con nosotros, somos guerrilleros y estamos capturando hombres para luchar contra los militares; no tenemos otra opción para obtener más hombres en armas, no les haremos daño, ni a ustedes, ni a sus familias ahora... pero deben venir con nosotros o sus familias mañana amanecerán sin vida
—dijo con voz aguda.

En ese momento no supe qué hacer ni qué pensar... en mi esposa que estaba en el cuarto y en mis dos niños que dormían profundamente, en eso.

Salimos hacia la montaña con lo único que teníamos puesto en ese momento, sin despedirnos y sin saber si algún día los volveríamos a ver. Este tiempo era difícil con muchos conflictos sociales y políticos, estábamos

viviendo la guerra civil en Guatemala y el futuro era incierto para las familias de los campesinos que exigían justicia. Estaba absorto en mis pensamientos, cuando la voz de mi padre me regresó a la realidad.

—Hijo, esto es muy serio y peligroso, y lo único que nos queda es cooperar con todo lo que nos pidan, si no lo hacemos van a regresar a matar a nuestras familias.

—¿Por qué lo hacen? ¿Por qué nos han capturado? ¿Qué les hemos hecho?

—Nada... nada hijo.

Cerré los ojos y le pedí a Dios que protegiera a mis niños, y que me permitiera volverlos a ver; aunque en ese momento prefería morir yo y no ellos.

Amanecimos muy lejos de nuestras casas, en un cerro desde el cual se podía ver el horizonte, el sol nos calentaba y parecía un día normal. Era un campamento guerrillero.

—Tomen un uniforme que les quede; busquen botas, quítense la ropa que traen y pónganla en una bolsa; vayan a la parte de atrás para recibir su arma y vuelvan.

El uniforme era como el de los militares, las botas eran de hule y un fusil que no sabía cómo funcionaba; nos dieron algo de comer. Yo estaba en otro mundo, un mundo que cambió mi vida para siempre.

Sonó la alarma, desperté, eran las 7:00 de la mañana, me senté rápidamente. Pensé un buen rato si había sido un sueño, pero el rapto era una triste realidad.

POESÍA

Empecemos por el final, Abner Augusto Reyes González

Sueños rotos, Andrea Regina Reula Aparicio

Guatemala en poesía, Bayron Abel José Sandoval García

Conrazón, Edna Jimena Aguilar Rodríguez

Astropájaro, Alma Patricia Barillas Urizar



EMPECEMOS POR EL FINAL

ABNER AUGUSTO REYES GONZÁLEZ

Campus P. César Augusto Jerez García, S. J., de Quiché
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

Empecemos por el final, por odiarnos buscando razones y culpas sin títulos de propiedad, que incomoden nuestras presencias aun cuando no nos hemos visto lo suficiente, que resalten lo malo de cada quien sin conocer frente a narices ajenas y a espaldas propias, que aborrezcamos las charlas donde solemos reír como niños en cuerpos de adultos que nos quedan grandes y la coreografía sincronizada de nuestros labios que apenas se está ensayando.

Empecemos por el final, empecemos por extrañarnos y valorarnos para terminar por el principio, donde somos mejores personas, donde vivimos para hacernos felices, donde decir te amo no es necesario para saberlo, donde el final ya no existe y el principio es todo lo que queda.

SUEÑOS ROTOS

ANDREA REGINA REULA APARICIO

Campus Central

Facultad de Ciencias de la Salud

Otro día más me levanto
con pedazos de corazón
esparcidos en París, Bruselas, Pakistán
o en cualquiera de las ciudades
donde estallan los corazones
y prenden fuego a la esperanza.

El mundo necesita un respiro
el aire conformista es asfixiante
y yo aún sueño con gobiernos
que recorten diferencias
en vez de salud y educación.

Cuándo abrirán los ojos para ver
que la fuerza no es materia prima
para utopías e ideas.
Cuándo logrará la palabra el cambio
y los ideales ser reflejados en acciones
que aporten algo al mundo.
A veces encuentro al corazón
desmigado entre las manos.
Me doy cuenta de que la tolerancia
es la tilde de utopía,
que apartar la mirada de ciertas cosas
es lo que hace que el mundo esté así.

GUATEMALA EN POESÍA

BAYRON ABEL JOSÉ SANDOVAL GARCÍA

Campus Central
Facultad de Ingeniería

Saluda Landívar en su canto,
dulce patria mía,
que el amor que te tuvo
un día volvería.

Ve Asturias en su palma
la estampa viva de tu tacto,
relieve de un mapa
a la gracia que canto.

Declara Montúfar tu majestad,
gigante de Almolonga,
rehusando la simplicidad
de llamarte magnanimidad.

Cuenta Olaverri al verte,
altos y azules montes,
descripción inexacta
de tan bello horizonte.

Martí se enamora
de la niña Josefa,
sin imaginar, el poeta,
que la dama moriría.

Castillo te invita a caminar
por los senderos de libertad,
muy lejana es la realidad
de mi patria y su andar.

Fausto Aguilera sueña
con verte libre al viento,
pequeña aldea universal,
en cielo abierto vuela.

A primavera eterna
Guatemala es hermana
de la divinidad subordinada
en esta tierra adorada.

Cual historia
pinta el verso que escribe
la pluma de un poeta
a la nación que vive.

Perfecta antología
de las agrias mieles.
Paradójica agonía
de las bellas sienes.

Patria, tú que pares
doctas e insignes mentes,
guárdalas en el claustro
de tu plectro insipiente y sacro.

Escribo al gozo perenne
de hijo tuyo llamarme,
puesto que no humilla decirme,
como guatemalteco sentirme.

CONRAZÓN

EDNA JIMENA AGUILAR RODRÍGUEZ

Campus de Quetzaltenango

Facultad de Humanidades

Qué difícil es tener al frente una hoja en blanco
e intentar escribir algo sin pensarte.

Imposible es cerrar los ojos
y en la obscuridad de mis recuerdos
no encontrar tu rostro, frío e insensible.

No hay forma de explicarle al mundo
por qué después de tanto tiempo
sigues siendo tú la respuesta a todas mis
necesidades.

Tal vez hay un espacio en el infinito de nuestras
historias

que se perdió en el tiempo
y torció el camino de mi vida en tus manos.

Cuando el espíritu es tan débil
como fue el mío en tu boca y en tu desprecio,

es fácil que el corazón crea que ha encontrado a su
complemento.

Mi cabeza golpea con desesperación las paredes de
mi pecho,

insiste que me estoy difundiendo en sentido
contrario,

colisionando sus planes con el residuo de tu tiempo.

En los segundos vacíos de tu siempre permanente
ausencia,

mi sangre fluye lentamente en la paz de la
esperanza,

creando el equilibrio que mi razón anhela...

Pero cuando tu voz llega,

la calma cesa,

mis manos tiemblan

y mi corazón sonrío con esa expresión tan tonta,
que odias cuando te pido que vuelvas mañana.
La locura se apoderó de mi memoria,
el día que me pediste que no te dejara,
porque yo era el bastón que sostenía tu esencia
y era el poema que te mantenía de pie frente al
mundo,
frente al espejo,
era más que tu amor, tu batería.
Desde ese día tomé más tazas de café
que los besos que me diste en los labios,
para aumentar mi frecuencia cardíaca
y así mis neuronas nunca olvidaran tus palabras,
ellas serían el oxígeno que me mantuviera
respirando
hasta que sonara el timbre del teléfono
y otra vez dijeras que estabas cansado
y que no ibas a poder llegar.
Ocho veces he intentado dejarte,
doce veces he borrado tu número de mi agenda
seis años he mantenido ardiendo mi amor por ti

tres veces me has dicho que me quieres.
Si esto fuera un juego de fútbol
siempre perdería por posición adelantada,
porque es tan fuerte mi deseo de amanecer en tu
mirada,
de calmarte con mi pobre poesía
y abrazar fuertemente tus motivos
de seguir a mi lado sin estarlo,
y de no querer dejarme por ese algo que no me
permite volar
en otro cielo sin la luz de venus
opacando tu hermosura varonil e infrecuente.
Tal vez el roce de tu barba en mi pecho
pueda explicarle al llanto de la niña en el parque
que me reprueba mientras lame un helado de limón
el por qué yo no he de abandonarte,
aunque las gotas verdes recorran sus rodillas
enlodadas
y al verme pierda la promesa de crecer.
Qué difícil es tener al frente una hoja en blanco
e intentar escribir algo sin pensarte...

ASTROPÁJARO

ALMA PATRICIA BARILLAS URIZAR

Campus de Quetzaltenango
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Hace veintisiete galaxias
la muerte voló al Astropájaro;
de sus plumas, las pestañas,
de su viento, el poema.

Los pájaros vuelven
—el Océano Atlántico vuelve al sol—
en los sueños,
los pájaros siempre vuelven.

Los pájaros no vuelan
—las jaulas esclavizan a sus dioses—
en las pesadillas,
los pájaros nunca eligen el horizonte,
nunca vuelan, nunca vuelven.

Los pájaros no son viento,

se envuelven en jaulas, se vuelan en cenizas
pero jamás son viento.

El viento
se parece a (inserte aquí su utopía favorita),
se reconoce al pájaro en el viento,
y en la noche y en la ausencia,
en esa gota de soledad que pende del cielo-ala-estrellada.

El pájaro abre el silencio como señal de principio,
vuela hasta el fin de los días,
se ahoga, ebrio de oscuridad en la noche,
el pájaro cae en picada
para esconderse en las arrugas de las esfinges
junto con los muertos y la historia de la infinidad.

Sí, Astropájaro,
ya sé que te reconocés en la muerte y yo en vos, solo en vos,
y en el vacío y en la oscuridad
y en los sueños
y en el viento
y en el
y en
y
()

Esta publicación fue impresa en los talleres gráficos del
Centro Editorial Vile, en abril de 2017.
La edición consta de 625 ejemplares
en papel bond beige 80 gramos.



EDITORIAL
**CARA
PARENS**
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala

